

EL BALUARTE

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 46

Sevilla—Miércoles 25 de Febrero de 1903

AÑO XXVII

El fuego sagrado

Al cabo de una lucha de treinta años en que hemos puesto intereses, riesgos, compromisos, porvenir, todo, en fin, al servicio de la causa del pueblo, sin vacilaciones ni quebrantos aun ante los mayores riesgos, en el que no tiene la primera importancia perder la vida en un momento, sino arrastrar la existencia de miserias y privaciones ante las bacanales del hartazgo y del vicio; en que hemos sido objeto de lástima por los que disfrutaban todavía un cubierto y servilleta en el festín, y el diario zumbido de aquellos que prefirieron el reposo tranquilo a la lucha contra la corriente. Después de haber presenciado cómo desaparecieron unas figuras del cuadro, cómo se borraban voluntariamente muchos nombres de la lista, y como abandonaban las filas guerrilleros que predicaban todas las exageraciones, á pretexto de evoluciones impuestas por determinadas causas, lo declaramos lealmente: nos sentimos orgullosos en nuestra consecuencia y satisfechos ante el deber cumplido, conservando íntegra la fe, pura la idea y sana la razón, cuando parece haberse dado cima á la obra gigantesca del concierto republicano, cuando menos habíamos permanecido en las líneas del combate y cuando más habían buscado, los que no el reposo, el propio beneficio y particular interés al servicio del régimen enemigo.

El dios éxito es una divinidad muy afecta al carácter de nuestro pueblo, y por una vez nos ha dado el sol de cara á los republicanos, y tras del acierto, ya los adversarios sienten el frío de la sacudida nerviosa, y los pasivos y los neutros se han desmerecido y, como corriente impulsiva, se han precipitado en nuestras filas, arrollándolo todo con sus ardientes entusiasmos y disputándose puestos y lugares—es claro que para la lucha—que es lo único con que hoy brinda y puede brindar el republicanismo; hermoso espectáculo al que concurrimos admirados y llenos de entusiasmo, pero conservando la integridad de nuestras facultades y el puesto en el combate, con el arma preparada para que no decaiga el entusiasmo ni la gran corriente de opinión se esterilice ó cambie de rumbos.

Que sea obra del entendimiento y de la razón, no impulso del sentimiento ó sacudida del vértigo. A todos hay que recibirlos con los brazos abiertos; á todos hay que mostrarles los sentimientos paternales á nuestro lado; á los que han salido de su reposo, porque otra vez les tenemos á nuestro lado en el combate; á las inteligencias poderosas, porque iluminaron nuestros destinos; á los neutros, porque sacrifican su bienestar y hacen bastante sacrificándose por la causa de todos; y á los demás elementos, porque al fin y al cabo se han convencido de que la República es la única institución, y su gobierno, garantizado por las doctrinas democráticas, el único compatible con la dignidad del pueblo español, y con el engrandecimiento y prosperidad de la patria; pero no nos entreguemos á locos arrebatos ni nos dejemos llevar de irreflexivos entusiasmos, y acordémonos en toda ocasión de los larguísimos años de lucha y de los días de prueba, en que tan diezmas andaban nuestras columnas de ataque y tan contado el número de veteranos que acudía á la lucha cuando era más recia y más dura la pelea.

Mucha abnegación, mucho desinterés; pero no olvidemos que donde se ha mantenido el fuego sagrado es donde se conserva inmaculada la enseña, y sus mantenedores, que diariamente han concurrido á alimentarle para evitar su extinción, son los que con su labor constante han producido ese inmenso foco luminoso que

hoy se extiende por toda la península, y que hay que conservar con el mismo amor con que se ha mantenido el altar de nuestros sacrificios.

A. A.

Murmuraciones

Con la muerte del señor Barzanallana son ya diecisiete las senadurías vitalicias que hay vacantes.

Hacen falta, por consiguiente, diecisiete notabilidades á las que colocar, ó diecisiete mulos á los que hacer inviolables.

¡Aviso á los mulos!

Al quitar hoy la hojilla del almanaque he visto que es el aniversario de la proclamación de la República en Francia.

¡Y me ha dado una envidia!

¡Cuándo se leerá lo mismo con respecto á España, desde ahora en adelante!

Buena marejada se ha armado contra el señor ministro de la Gobernación, ese caballero honorable, quien, hasta para pronunciar un discurso en el Congreso, necesita que enciendan las luces....

Su real orden ó decreto, ó lo que sea, encauzando las administraciones municipales, únicamente en Sevilla ha levantado polvareda.

Todos los ayuntamientos de España se han aguantado hasta la hora presente, ó porque no la han entendido, ó porque la han conceptualado digna de respeto y observancia, ó porque buscarán la manera de burlarla, que es lo más corriente.

Nuestros municipios se han arrancado á la buena de Dios, y allá están en Madrid, pesarosos y tristonos, porque dicha ley les prohíbe malgastar la hacienda municipal con perjuicio de las naturales obligaciones del municipio.

Parece ser que el rey nuestro señor visitará á Sevilla en la próxima Primavera, y nuestro Ayuntamiento, monárquico hasta las cachas, se ve imposibilitado de atender á los gastos extraordinarios que habrá de ocasionarnos la visita real.

Ante esta perspectiva, nada risueña, los señores concejales han tomado el camino de Madrid para rogarle á D. Antonio Maura que exima á nuestro municipio, por ahora, del cumplimiento de esa orden.

O lo que es lo mismo:

El Ayuntamiento de Sevilla, por arte de birli birloque, ha podido salirse por la tangente, eximiéndose de gastos inútiles con la visita real; pero deseo de corresponder á la fama de generosos y espléndidos que tenemos los andaluces, ha ido á recabar permiso para tirar la hacienda municipal en honor y gloria de don Alfonso.

Y no había para qué.

Los señores jefes de los partidos monárquicos en Sevilla son poderosos, apalean en sus casas respectivas los billetes del Banco.... ¿qué cosa más natural que gastaran unos pocos en honor y gloria de su ídolo y de la institución que los mantiene en el candelero caciquil, demostrando con ello que son agradecidos?

Pero.... límpiense los sevillanos, que están de huevo.

Posible será que los representantes del municipio sevillano logren alguna concesión; pero, suponiendo que la logran con motivo del viaje del rey, habría que decirle al señor Maura que, desde ahora en adelante, no diera leyes generales para el país, sino particulares para cada región, y teniendo en cuenta las opiniones de los cuatro señoritos de cada provincia.

Leyendo toda la prensa

el ánimo se contrasta....

En casi todos los pueblos

ha habido la mar de víctimas

durante Carnestolendas.

Atropellos de tranvías,

disparos y puñaladas,

escándalos, gritería....

¡A pesar que estamos todos

á mitad en la comida!

Cuando uno lee esas cosas se convenció de que el pueblo ni se arrepiente ni se

enmienda, porque luego oye al Sr. Gil y Morte decir, en un discurso pronunciado en la Universidad popular de Valencia, lo siguiente:

“Los funestos resultados causados por la tisis en España durante el año 1900 son imponentes.

Fallecieron 32.000 tísicos! La cifra de la mortalidad total de distintas enfermedades en el indicado año fué de 536.000. De suerte que fallecieron tísicos la décima-sexta parte. Lentamente, casi sin advertirlo, la tuberculosis diezma la nación española, ocasionando más bajas que las más cruentas guerras.

A los que vivimos en los grandes centros de población, esto nos interesa más; pues de las 32.000 defunciones por tuberculosis, 9.000 corresponden á las capitales de provincia, y el resto á los pueblos pequeños; y como de los 19 millones de habitantes de España, sólo 3 millones pueblan las capitales de provincia, la proporción es verdaderamente espantosa.

La tisis se ceba más en los hombres que en las mujeres, hasta el extremo de que de 100 defunciones, 54 son de varones y 46 de mujeres.

Los procedimientos adoptados en el extranjero contra tan terrible azote están produciendo excelentes resultados, especialmente en Inglaterra y Alemania, hasta el extremo de que la proporción en las defunciones es de 1 y medio por 100 en la primera nación y 2 y medio en la segunda.”

Las anteriores cifras son verdaderamente aterradoras.

Y donde resultan espantables verdaderamente es en la ciudad de Sevilla, en cuya estadística diaria, de catorce á veinte muertos, siempre se registran cuatro ó cinco tísicos.

¡Pero á bien que nuestra municipalidad ha ido á Madrid á recabar permiso para poder tirar la casa por la ventana si viene el rey á visitarnos!

Nosotros moriremos tísicos, ¡pero alegres!

Lo importante es entrar en el cementerio después de haberse divertido á más y mejor.

En Vigo, por cuestiones habidas entre dos máscaras y algunos agentes de la autoridad, la guardia civil tuvo que aparecer, y como no la guardaran el debido respeto, se vió precisada á disparar los mausers.

Y.... como siempre: un niño muerto y seis hombres heridos.

—La guardia civil no puede dejarse atropellar....

Tiene usted razón.

Pero hay que comenzar por no sacar la guardia civil con los mausers en esos sitios.

Esas son barbaridades de la gente que manda.

Al pueblo indefenso no se le fusila.

Eso es una gran crueldad, mándelo quien lo mande.

Como si Maura y Silvela no lo remedien—que no lo remediarán, porque las boticas de ambos mancebos gubernamentales están ya exhaustas de emplastos—la República ha de venir pronto, no sé por dónde, pero que se ve venir si lo sé, debemos de ir preparándonos todos atendiendo los buenos consejos.

Oigamos á este escritor:

“Desgraciadamente, hay muchos que entienden por República la negación de la autoridad, que confunden la libertad con el libertinaje, el derecho con la infracción de las leyes. Hay que convencer á esos ilusos de que viven lastimosamente equivocados; hacerles ver cuán pobre concepto tienen de lo que son y representan aquellas cosas. Los que escriben y peroran, si son republicanos, deberían encargarse de esta tarea. Desde el periódico y desde la tribuna podrían educar á los incultos, dándoles nociones de derecho en general y de política en particular. Si así no se hace, los demagogos entorpecerán la acción de la República, y la futura podría ser lo que fué la de 1873. Obra educativa es la que hay que emprender, tanto ó más necesario que el triunfar en los comicios. Con republicanos conocedores de sus derechos y sus deberes, celosos de su libertad y respetuosos de los demás, verdaderamente poseídos de lo que ha de ser una República, ésta, con el apoyo que le prestaran los que de tal manera pensarán y tal conciencia tuvieran, podría emprender serenamente el hermoso esfuerzo de levantar una nueva España.”

Y como de eso se trata, no por nos otros la gente de medio pelo, sino por los más grandes pensadores, conveniente es que todo no se eche á chirigotas.

Sino que vayamos pensando firme y serenamente en el porvenir.

En el teatro de la Zarzuela en Madrid, un diputado de la nación, durante la última noche de Carnaval, se estuvo divirtiendo con el público, y como éste—el público—se quejara á la autoridad, contestó ésta que nada podía hacer, porque el tal era diputado.

A eso han venido á parar en España las altas representaciones.

A que las ostenten los niños *litris* para evitarse que los lleven á la prevención.

Los padres Salesianos de nuestra ciudad han organizado, con los chiquillos que tienen en explotación en su colegio-industria, una compañía de cómicos, que llevan á los pueblos circunvecinos, dan funciones y cobran á diez céntimos la entrada.

Aviso á la Sociedad de Autores españoles, para que se ponga en guardia.

Esta gente no paga propiedad, y además.... excuso decirles lo que harán con las obras teatrales.

A las señoras venerables y á los señores ídem que andan siempre molestando á los gobernadores para prohibir la blasfemia, les recomiendo que lean lo siguiente:

“Una junta recientemente constituida en Nueva York ha recibido últimamente de un ricacho llamado Rockefeller un donativo de MEDIO MILLON DE DOLLARS, que deberá destinarse á la creación de escuelas fundadas por aquella entidad, y en las que se enseñará á los alumnos que á ellas asistan á no blasfemar.”

Así, así se hace, señoras católicas y señores católicos.

Se rasca uno el bolsillo y se ponen los medios conducentes para obrar bien.

Y así lo agradecen Dios y los hombres.

CARRASQUILLA.

ES JUSTICIA

Unos escritores han enviado una carta al señor Gobernador de Madrid, suplicándole que se preocupe de esas criaturas miserables, de esos pobres niños que piden limosna, medio desnudos, en mitad de las noches tremendas de las heladas castellanas. El señor Sánchez Guerra les ha contestado al día siguiente, diciéndoles que el mérito de las firmas, la amistad que tiene con algunos de los suplicantes, la gran justicia que se pide, etc., etc., le ponen en el caso de preocuparse inmediatamente del asunto, y hasta les pide ayuda en la resolución del problema.

Es, por todos los sitios que se mire, un espantoso problema, efectivamente, el de la caridad. No puede resolverse por ningún procedimiento suave, ni dentro de esta organización actual, cien veces peor que una sociedad de fieras. Además, el corazón de los que tienen la vida satisfecha se ha acostumbrado á la tensión del espectáculo desde que surgió el hombre, y la herencia de siglos por un lado, la educación por otro y la religión por alguno, le han hecho indiferente hasta la monstruosidad.

Ni las almas más delicadas, ni las de más vigor, ni las que tienen el temple adquirido en el horror de las injusticias constantes, ningún espíritu se subleva furiosamente contra ese crimen diario que se perpetra á los ojos de la multitud. El que más se conduce en el acto; alguna mujercita de gran corazón llora horrorosamente al preguntar al niño que dónde duerme por las noches; otras dan cinco céntimos; los más escapan del persegimiento del pobrecito, cuya voz entra dolorosamente en nuestras conciencias.... Pero eso es todo. La preocupación, el sufrimiento por ellos, no dura cinco minutos. La mejor voluntad se acaba brutalmente—por un egoísmo que debe condenarnos, sin apelaciones, á todos los horrores de un infierno—al doblar la esquina ó al cerrar la puerta de nuestra casa confortable.

No se diga que no tiene remedio. Lo tiene, como todas las cosas de la vida. No hay más que *querer*. *Querer* de dos maneras: amando y teniendo voluntad firme. Una sociedad está en el mayor grado de barbarie mientras no arregla la vida para todos. Dejar a un solo hombre en la calle sin pan y sin lumbre, es cien veces más bárbaro que comérselo a dentelladas como los antropófagos.

Entre los lobos, en las nieves espantosas de mi tierra, la caza de reses, el ojeo de animales tímidos, se hace en manadas por las fieras, y comen todos los dientes, y se lleva una loba desgarraduras sangrientas para las crías... Pues entre los hombres se da el espectáculo maldito del atardecer de Nochebuena y de la noche de Reyes, en que los pobres cazan la limosna, aturden con sus perseguimientos, mientras los bárbaros ricos asaltan las grandes tiendas y llevan atestados los coches de comidas y juguetes...

Estoy lleno de ascos; tengo en mi conciencia las repugnancias más impulsivas, por la digestión a que me veo obligado cada vez que tengo que tragar, como manjares exquisitos, las rebozadas palabras viejas *honradez, caridad, patria*...

No puede ser. Me ahogo. Un volquetazo del corazón, de todo el pecho, de todo el organismo, me rompe la garganta. No lo quiero pasar; aprieto los dientes, rujo... Es una mentira tan enorme, una cosa tan vacía, que hay que escarnerla para matarla. Es preciso renovar el idioma, gastado ya y sin aristas que hiera.—«Esto lo he ganado con honradez.»—«La patria está por encima de todo.»—«La proverbial caridad que anida en el corazón de nuestras damas...» Mentira más espantosa no se puede inventar. El hecho vivo de que siglos y siglos reine la injusticia más cruel, lo grita poderosamente. No hay caridad oficial ni particular, no hay justicia, nadie conoce estas cosas, que suenan a grandes en todos los labios y a burla en el fondo de todos los corazones como una ironía de *clown*, mientras no imponemos paz con riesgo de nuestra vida, saliendo a ordenar lo desordenado.

Todos los que decimos que tenemos buen corazón y no lo ponemos *decididamente* contra esta organización malvada, somos unos asesinos. Nadie puede ir a la paz de la otra vida, con conciencia callada, mientras haya dejado pasar sin protesta, sin amenazas y sin hechos este horror de sociedad que acogota niños en las calles, que hace perecer hombres en plena juventud, que desecha viejos que ya no pueden enriquecer a nadie, que condena a pobres mujeres al hambre de las mancebas... Cuando un niño nos ve pasar abrigaditos hacia casa, o entrar en la claridad caliente de los cafés, debe caer de rodillas pidiendo ansiosamente nuestra perdición... Una mujer que lleva niños con hambre, debiera tirarnos a la cara... Un hombre con fuerzas, robarnos... ¿Por qué no se enmienda esta situación si no? Es demasiado vieja. Hay legiones, generaciones infinitas que vienen soportando miles de siglos el monopolio espantoso de la miseria... ¿No han tenido ya bastante paciencia?...

Pues ni siquiera es caridad lo que se pide: es justicia. Tampoco dinero es trabajo. Nada se enmienda con cartas, ni con bonos, ni con la vil limosna de las calles, ni con las comidas esas de palacio, ni con las casas de caridad, ni con nada de eso, en fin. Se quiere trabajo. Pocas horas, para que quepan todos; buen jornal para que se viva bien y no se amontonen millones. Se quiere una sociedad que no los gaste en ejército, ni en marina, ni en clero. Una sociedad que no enseñe a matar, sino a vivir.

Que cambie la educación de las madres, impidiendo que ellas mismas sientan la alegría de que sus hijos vayan a las academias a aprender a matar... se quiere trabajo. Sólo con eso se enmienda el enorme dolor que atormenta tantos corazones. ¡Venga trabajo! Derribad calles enteras, haced pueblos nuevos y sanos! canalizad los ríos, echad el riego campos adelante, poblad esas magníficas tierras para que todos comamos. Romped, vosotros los que madáis, la trama de esos códigos, de esas leyes de aduanas, de esas leyes de propiedad y de herencia, y levantad de una vez una legislación justa, potente, libre, que facilite la vida de todo, que ensanche el mundo y que atruene de fábricas y de labor... ¡Trabajo! Que no haya monopolios, que stelten las minas, y los campos, y el comercio, y las escuelas y el saber, toda la enorme riqueza que atesoran. Hay abundancia de todo, sobran millones y millones. Se podrían hartar cien humanidades como la presente. No hay más que *querer*. Si no se pone remedio con valor, *pasando por encima de todo*, esta situación no puede

durar mucho tiempo ya... Brillan los ojos hambrientos de un modo terrible. En el campo, en la aldea más remota, adonde no llega un periódico ni un libro, surgen de no se sabe dónde las ideas levantadoras y de redención... Están en el ambiente. Parece que las reacciones químicas del propio organismo van produciendo cerebros y corazones de otra índole, nuevos, predestinados... Viene todo hacia acá...

Estas noches pasadas, un pobre que pedía limosna a la puerta de la iglesia de la calle de la Montera, decía:

—Deme usted una limosna, por Dios... ¡que bastante hago que me conformo!...

R. SANCHEZ DIAZ.

El hombre-perro

No vayan ustedes a creer que se trata de una invención más o menos ingeniosa, de un fenómeno fabricado por algún Barnum lleno de habilidades. El hombre perro que se exhibe actualmente en Austria, y del que hablan todos los periódicos europeos, tiene el cuerpo de un hombre, sin deformidad ninguna; brazos, piernas, tronco, manos y pies, no tienen nada de particular. El mismo cuello es el de una persona bien constituida. Pero el remate de esa figura humana, la cabeza y la cara, lo que precisamente da carácter a un hombre, son la cabeza y la cara de un perro. El cráneo tiene líneas humanas y perrunas; pero la cara no es sino la máscara de un perro. Uno de los periodistas que ha hablado con el fenómeno, dice que, al verle, es tan grande la extrañeza que causa su aspecto, que aquel que le saluda espera que se le conteste con un ladrido. Su dentadura y su lengua se prestan poquisimo para el lenguaje humano, y tiene que hacer el hombre-perro grandes esfuerzos, y el que le oye ha de poner gran atención para que lleguen los dos a entenderse. La voz es gutural y las sílabas se emiten con dificultad a través de unos dientes cortos, apretados, blanquitos y de unos caninos enormes que, de cuando en cuando, sobresalen de los labios.

Jo-Jo tiene en la actualidad veintidós años y es de constitución robusta. El cerebro, que está encerrado en un cráneo por todo extremo irregular, funciona difícilmente, y no hay que pedir al desdichado "fenómeno" concepciones muy complicadas de la vida. No entiende, cuando las entiende, más preguntas que aquellas que se le hacen en ruso. Por más esfuerzos que ha hecho el hombre que lo exhibe, no ha conseguido que aprenda una palabra en alemán o en inglés.

El hombre-perro es originario de Rusia. Hace dieciocho años un cazador, penetrando en lo más intrincado de la selva de Kostroma, quedó pasmado al ver en un claro que había junto a un manantial, a un hombre de mediana edad, completamente desnudo, con el pelo y la barba enmarañados, relucientes los ojos como los de un felino, apoyado en un garrote muy grueso y mirando con expresión de desafío al que iba a turbar su soledad. Tan asustado quedó el cazador ante aquella aparición que inopinadamente se le presentaba, que retrocedió hasta la próxima aldea y allí explicó a las gentes el encuentro que había tenido en el bosque.

Pocas horas después se había organizado una batida en toda regla, y el hombre salvaje apareció de nuevo ante los cazadores. Pero no iba sólo. Llevaba de la mano a un niño de tres ó cuatro años, que parecía más salvaje aún que su acompañante.

Cuando los cazadores se hubieron apoderado de aquellos raros ejemplares de la raza humana, vieron con horror que el niño tenía la cabeza y la cara de un perro. El padre no hablaba. Por más que se le interrogó en todos los idiomas conocidos, no pudo sacarse nada en limpio acerca de su nacionalidad. Ni los halagos ni los castigos consiguieron en lo sucesivo vencer su índole montaraz ó su tontería completa. Su temperamento le inducía a las más feroces extravagancias. No se le pudo domar por ningún medio. Rechazaba los halagos, sufría los castigos y, en cuanto se le presentaba ocasión oportuna, acometía a sus vigilantes con inaudita saña. A uno de ellos se le ocurrió darle bebidas alcohólicas, y de tal modo se aficionó a ellas

que al cabo de algunos meses de cautiverio acabaron por matarle.

Jo-Jo, en cambio, se domesticó fácilmente. Aprendió el idioma de Kostroma, supo contar, leer y escribir en ruso, y a costa de esfuerzos llegó su torpe lengua a pronunciar el hermoso idioma de Puchkin y de Tolstoi. Se mostró dócil, soportó los castigos que se le impusieron por faltas cometidas; pero algunas veces, dominado por los instintos de ferocidad que la vida de los buques había desarrollado en él, acometía con furia salvaje a sus compañeros y a sus maestros. Si en tales ocasiones no se le hubiese dejado solo, habría muerto matando como una fiera. Aún en la actualidad le acometen de cuando en cuando raptos de locura ó de ferocidad invencible. Su domador, ó como se llame, conoce perfectamente cuándo van a manifestarse tales accesos y evita que puedan tener consecuencias deplorables. Pasados tales momentos de furia, Jo-Jo es la criatura más inofensiva que darse pueda, lo que no obsta para que su aspecto monstruoso produzca una impresión de horror inefable, un estremecimiento invencible, como la aparición pensada de un abismo que corta el camino, de una sima que se abre junto a nuestros pies.

MARCO POLO.

EL PERFECTO EGOÍSTA

(CUENTO)

I

Hallábame en Granada, convaleciente de una enfermedad que no iba a tardar en ofrecermelo de nuevo sus "respetos". Es decir, que lo que hacía yo era reponerme para disponerme a indisponerme. Una variante más del

"pecar, hacer penitencia, y luego vuelta a empezar," según formuló el poeta de la Doloras y Cantares.

Por las tardes, a la hora de la puesta del sol, solía divertir mis perezas de convaleciente en aquel paseo de la Alhambra que se llama de los *Mártires*, y que, por su situación maravillosa, con Sierra Nevada a un lado, Sierra Elvira a otro, y la ciudad y la vega extendiéndose a los pies del mágico cerro, ha recibido el sobrenombre de *Balcón del Paraíso*.

Aquel es un sitio muy solitario, y no me era difícil absorberme en la contemplación del que Teófilo Gautier ha llamado "desplome gigantesco de la Babel aérea", con esa deslumbrante descomposición de los colores más violentos y más *machos*—si se me permite el brutal adjetivo—que forman la sublime é incendiaria agonía de la tarde.

Ni eran sólo deleites de la vista los que buscaba en tan amena soledad... Para regalo del oído, ofrécese allí, a modo de orquesta misteriosa que acompaña y *subraya* la acción de arriba, el singular conjunto de ruidos y rumores que suben desde la ciudad, destacándose acá gritos y canciones de muchachos, allá rodar de coches y ecos de guitarras, acullá campanas que llaman al creyente y clarines que avisan al soldado; contrastando con esta música humana, y concertándose a la vez con ella por virtud de un contrapunto que los académicos llamarían "ilegal", a pesar de ser el legítimo, la música natural que a espaldas del espectador improvisan allí perpetuamente las frondas, los pájaros y los arroyuelos de la Alhambra.

Viéndome solo ante la puesta del sol, ¿qué me costaba, ni quién me impedía suponer que toda aquella trágica fiesta de la Naturaleza, superior a las inventadas por Nerón, neurótico a la antigua, se daba por el sol, las nubes y la atmósfera, única y exclusivamente en honor mío?

Escuchando en la soledad la orquesta formada por la ciudad y el bosque, ¿por qué no hacerme también la ilusión de estar oyendo un Wagner ideal, como aquel que tantas veces había ilusionado al rey loco de Baviera, neurótico a la moderna, con las célebres audiciones unipersonales, y que sólo, tan sólo por mí, ejecutaban aquellos nuevos y auténticos *Murmillos de la selva*, los árboles, las aves y las aguas?

Tan de lleno y con tanto ahinco entraba yo en tales imaginaciones, que apenas

advertía en el paseo de los *Mártires* la presencia de cualquier curioso ó de algún pordiosero; huía renegando del intruso como huyen las larvas, sueños y fantasmas, al anunciar el gallo el amanecer.

Y con estos cándidos y ridículos caprichos de convaleciente me tenía yo por un profundo y refinadísimo egoísta...

II

Para egoísta, el marqués de Guadalcurci.

Si, también el marqués de Guadalcurci se extasia ante la Naturaleza y adora las puestas del sol!

Había llegado a Granada este ilustre político que Andorra y el Congo nos envidian, y sus correligionarios le obsequiaron con el inevitable banquete en *Siete Suelos*.

Yo me marché aquel día a ver el San Bruno de la Cartuja... Cuando por la noche acudí a la mesa redonda del Hotel Washington, me dijo un inglés que residía en la misma fonda, y conocía mi manía, y prefería el *cante* flamenco al *cant* inglés, y se franqueaba conmigo grandemente, bajo los auspicios de San Jorge, patrón de Aragón y de Inglaterra:

—Cuando digo que usted no es un egoísta, sino un inocente de puro hilo, sin mezcla de algodón... Lo que tiene usted es flato lírico; ó si lo prefiere usted, estremimiento literario. ¿Quiere usted saber cuál es el tipo del verdadero y auténtico egoísta delante de la naturaleza?

—¿Cuál?

—Guadalcurci.

—¡Por Dios, *mister!*

—He asistido al almuerzo que han dado hoy al elocuente patricio los guadalcurcistas de Granada. ¡Ya sabe usted que me pasman los políticos españoles. Su inutilidad y su locuacidad son portentosas... Después del almuerzo, hemos visitado los alcázares. ¡Qué cosas he oído! ¡Ni las que Planbert pone en boca de su épico Homais! Terminada la visita dijo el marqués: "Ahora me toca a mí. Vamos al paseo de los *Mártires*, y verán ustedes los fuegos artificiales que he dispuesto allí, de acuerdo con el Altísimo." Y resultó que se trataba simplemente de contemplar la puesta del sol.

—¡Pero si Guadalcurci es incapaz de distinguir un amanecer en los Alpes de un anochecer en el golfo de Nápoles! ¡Si Guadalcurci no ve nunca el alba más que al retirarse del Casino! ¡Si no se entera de que anochece más que al encenderse las luces del Salón de Conferencias! Si...

—Pues por eso precisamente es el perfecto egoísta. Saca más partido de la Naturaleza llevando gentes a contemplar un crepúsculo que ni siente ni comprende, que usted pasmándose a solas ante esos esplendores. ¿De qué sirven al pretendido egoísmo de usted sus candorosos éxtasis? El político madrileño, en cambio, hace cómplice a la misma Naturaleza de sus farsas. Recaba para su vanidad apariencias de artista. Presume, para su negocio, de enamorado de lo bello. Adula a los granadinos alabando la hermosura de sus horizontes. Finalmente, arranca votos a las mismas nubes de grana y zafiro... ¡Convierte a Dios en un vocal de comité!

—¡Que lo parta un rayo!

—El fuego del cielo no debe emplearse en castigar maniobras electorales. Y además...

—¿Qué?

—Que tiene gracia eso de falsificar un acta de diputado con las tintas del crepúsculo.

MARIANO DE CAVIA.

De actualidad

Organizanse grandes fiestas en honor de los congresistas de Medicina.

El rey probablemente dará una *garden party* y recepción general.

En Linares, a consecuencia de la explosión de un barreno en una mina, resultaron un individuo muerto y otro gravemente herido.

En Mora celebróse un mitin agrario, exponiéndose pensamientos patrióticos.

Granada.—A la salida de un baile un joven